

bien retribuido que una familia numerosa era un manantial de riqueza y prosperidad para los padres, calculándose que el trabajo de cada hijo valía 100 libras (equivalente a mucho más de 500 dólares hoy) de ganancia líquida para ellos; así que una viuda joven con cuatro o cinco hijos se veía frecuentemente cortejada como dueña de una fortuna. Pero esto no significaba que se hiciera trabajar a los hijos en la infancia, sino cuando llegaban a tener edad para el trabajo. Y si no fuera así, ¿dónde está la ventaja por nuestra parte después de lo que se ha aumentado la fuerza productora de riqueza? ¿De qué nos sirve más de un siglo de progreso, si en nada mejora el bienestar material de la gran masa de la población?

CAPITULO II

DEGENERACIÓN FÍSICA, INTELECTUAL Y MORAL

¿Quién que haya visto un árbol enano japonés, en un vaso de porcelana, no se ha admirado de cómo vivía y se desarrollaba en su forma diminuta y artificial? El secreto es sencillo. Se le había alimentado con escasez y dificultado el desarrollo. La tierra del tiesto había sido empobrecida, es decir, debilitada, y las ramas obligadas a seguir determinadas direcciones por medio de alambres fuertes. Por consiguiente, el crecimiento del árbol había sido lento y desviado.

También el Privilegio atrofia y desvía las masas humanas en lo físico, en lo intelectual y en lo moral; mientras que sacia a unos pocos, a otros muchos mata de hambre y les trunca el porvenir. A medida que crece el privilegio, se extienden sus funestas consecuencias y el pueblo, en general, degenera.

El Libro Azul Británico, tan discutido, que contiene el informe de la Comisión Departamental Interna sobre Degeneración Física, aunque no admite el hecho de que el Pueblo Británico esté decayendo físicamente, según con insistencia acusaban en algunas esferas, señala la existencia de varias causas que cooperan a ese resultado. Todas las causas pueden reducirse a una sola: la pobreza. La Pobreza aglomera la población en las grandes ciudades. La Pobreza sume a la gente en vicios, tales como el abuso del tabaco, el alcohol, la

morfina y otros por el estilo. La Pobreza sostiene la mortalidad de la infancia, a pesar de bajar la mortalidad en general.

¿Y cuál es la causa de la Pobreza? El Privilegio. Los privilegios de unos cuantos sumen a las masas en una pobreza que se manifiesta de esas maneras.

El informe de la Comisión Británica, ¿no nos da aquí, en la nueva América, con instituciones al parecer tan beneficiosas para el desarrollo sano de la población, un aviso para que, con seriedad, nos examinemos interiormente?

Mr. Robert Hunter calcula que en los Estados Unidos, en años bastante prósperos, no bajará de 10.000.000 el número de pobres; lo cual es algo más de la octava parte de la población. Se refiere a la gente mal alimentada, mal vestida y mal alojada (1).

Los que son dados a distingos, pueden decir que la palabra «pobreza» es relativa e indeterminada. No por ello podrá haber duda de que, a despecho de nuestra evidente producción de riqueza, cada vez mayor, hay un tanto por cabeza, siempre en aumento, para gastos de caridad pública, semi-pública y particular. Tampoco puede dudarse que la demencia no disminuye, sino que aumenta; que lo mismo sucede con los suicidios; otro tanto con la criminalidad, y que hay un desarrollo rápido de la brutalidad contenida en la naturaleza humana.

Todo esto, ¿de qué procede? No de la suficiencia para satisfacer las necesidades y los deseos humanos, sino de la in-

(1) *La Pobreza*, pág. 337. Mr. Hunter llama la atención sobre el hecho de que, aparte del enorme ejército de pobres públicos, hay más de 2.000.000 de trabajadores ocupados solamente de cuatro a seis meses al año; unos 500.000 inmigrantes, varones, que llegan anualmente y buscan trabajo en los mismísimos distritos donde es mayor el número de los que están sin él; la mitad, próximamente, del número total de familias en el país que carecen de propiedad; más de 1.700.000 niños de corta edad precisados a ganar jornal, cuando debieran estar todavía en la escuela; alrededor de 5.000.000 de mujeres obligadas a trabajar, de las cuales 2.000.000 están en fábricas y talleres.

suficiencia. Es decir, de la pobreza. Ella significa privación, necesidad, sufrimiento, pérdida de la independencia personal, demencia, suicidio, crimen.

¿Cómo todo esto puede evitarse cuando los seres humanos están empaquetados tan estrechamente en nuestras ciudades? En el ensanche de Nueva York hay, próximamente, 80.000 casas de vecindad, que contienen unas dos terceras partes de la población de la ciudad. En una milla cuadrada, en la parte inferior del barrio Oeste de Manhattan, viven hacinados 600.000 seres humanos (1). La población aquí está hacinada, como si toda la de la campiña hubiera sido acorralada por un ejército sitiador.

El Rev. Dr. Behrends, describiendo la parte comprendida por las calles Canal, Hester, Eldridge y Forsyth (Parte Este inferior), dice: «En un cuarto de 12 pies de largo por 8 de ancho y 5 1/2 de altura, se encontraron nueve personas, que allí dormían y preparaban la comida.....; en otro cuarto, que era una bodega oscura, sin tabiques ni mamparas, estaban dos hombres con sus esposas y una muchacha de catorce años, dos hombres solteros y un chico de diecisiete, otras dos mujeres y cuatro muchachos de nueve, diez, once y quince años: catorce personas en total».

¿Hay virtud capaz de resistir las tentaciones y la debilidad en condiciones tales? ¿No se necesita un verdadero milagro para que lupanares (de luz roja) y otros burdeles más miserables no broten en semejante ambiente? Lo que Miss Frances A. Kellor dice en un informe sobre sus investigaciones en las agencias de colocación aporta mucha luz. Cuando en

(1) En el bloque limitado por las calles segunda y tercera y las avenidas B y C., en la parte oriental inferior, el Censo Federal de 1900 encontró 4.105 personas. Esta población es tan grande como la de cualquiera ciudad del Estado de Delaware—sin otra excepción que la capital, Wilmington. En un bloque de la parte media occidental, comprendido entre las avenidas de Amsterdam y West End, y las calles 61 y 62, la Federación de Iglesias y Organizaciones Cristianas, en el verano de 1904 encontró 1.029 familias y 83 habitaciones desalquiladas. Población total, 3.797 almas.

cierta ocasión se hacía ver que la colocación ofrecida no era, bajo todos aspectos, lo apetecible para una muchacha, la dueña de la agencia se encogió de hombros, y dijo: «A mí no me importa para qué la necesitan. Yo doy una chica para camarera, cuando usted la tenga haga de ella lo que quiera». Miss Kellor, dice: «Muy a menudo encontramos viejas con canas, mujeres jóvenes casadas y madres que, sin vacilar, enviaban a esas agencias a sus paisanas, las cuales no tenían en este país más amigas ni amigos, y cuando se enteraban de que volverían destrozadas física y moralmente, y en absoluto incapacitadas para cualquier ocupación honrada..... Las cifras sólo pueden ser aproximadas; pero, sin exageración, puede afirmarse que en Nueva York, Chicago y Filadelfia, alrededor de 75 por 100 no son refractarias a enviar mujeres como dependientes a sitios de reputación dudosa, y de 40 a 60 por 100 las envían como pupilas, obteniendo el consentimiento de ellas donde es posible» (1).

Cuando se llega al extremo de tener que ganarse la vida haciendo trajes de niños a 35 centavos la docena o delantales para niños a 45 centavos la docena, con puños y cinturones, el vicio ofrece nuevos alicientes. La mujer se ve obligada, para ganarse el pan, a emprender trabajos hasta ahora desempeñados por hombres (2). Frecuentemente se aceptan colocaciones donde, si la paga es corta, se sobreentiende que extras de consideración pueden ganarse «de otra manera».

Recientemente, el público de Nueva York ha quedado estupefacto al enterarse de que, en las mancebías de luz encarnada, con sus «cadets» o alcahuetas, sus delgadas jovencitas y sus cadenas de bronce, tenía una especie de esclavitud oriental horrible. Sin embargo, esta esclavitud no tiene por

(1) *Sin Trabajo.*

(2) «Las mujeres americanas nunca se cuidan de los menesteres de la familia que no sean domésticos ni se ocupan de negocios..... No hay familias tan pobres que sean una excepción de esta regla». De Tocqueville, en *La Democracia en América*, tomo II, pág. 259.

origen la depravación congénita, ni es importada. Es producida por el estado de la sociedad. Es uno de los frutos de la pobreza, y eso en la metrópoli de nuestra patria.

En la ciudad de Cleveland, Ohio, no hace mucho que la policía visitó una casa de mal vivir. Los inquilinos fueron detenidos. Entre ellos había una mujer que, por no haber podido pagar la multa impuesta, fue enviada a la casa de corrección. Cuando con su trabajo había condonado el importe de la multa, menos 26 dólares, una conocida la ofreció prestarla esta cantidad para que recobrarla la libertad; ella no aceptó. El caso sorprendió a los empleados y lo pusieron en conocimiento del alcalde de la ciudad, Tom L. Johnson, el cual llamó a la presa y la preguntó por qué había renunciado. «Yo deseo quedar en libertad, respondió; pero si tomo prestados 26 dólares para condonar lo que resta de la multa, ¿cómo podría pagarlos? Por de pronto no puedo hacerlo como no sea volviendo al antiguo negocio. Para satisfacer la deuda necesitaría ocuparme cincuenta y dos veces, a cincuenta centavos (dos pesetas cincuenta céntimos) cada vez. ¡Prefiero continuar en el establecimiento hasta cancelar toda la deuda con mi trabajo!» El alcalde la perdonó.

Tal caso es uno aislado entre muchos similares, pero de diferente forma. Al detenerme en mi escrito ha caído mi mirada sobre la gacetilla de un periódico que refiere la detención y libertad, bajo fianza de 100 dólares, de un comerciante de vestidos, de esos que dan trabajo clandestinamente y con jornales reducidos a operarias que trabajan en sus propias casas, por tener así empleada a Rosita Lindenbaum, de la calle 235. Rosita manifestó tener quince años, pero que no tenía certificado en regla para acreditar su edad legal para trabajar. La madre de Rosita compareció ante el magistrado Ommen, y dijo: «Mi pequeña es el único sostén que tenemos, por ahora, mi marido, cinco hijos y yo. Si quitan a la niña su trabajo, con él nos quitan a todos el pan». El Inspector dijo al magistrado Ommen que habían encontrado a los hijos comiendo mendrugos, único alimento que había en la casa.

Tragedias de esta especie son demasiado comunes en nuestros días para que insistamos más. Nada parece tan barato como la carne y la sangre humanas entre los pobres de nuestras grandes ciudades. De vez en cuando viene la sentencia de un Tribunal a evidenciarlo. Sirva de ejemplo la de William G. Gummere, Juez principal del Tribunal Supremo de New Jersey—New Jersey, el Estado de los Grandes Trusts. Un niño había muerto en la calle, a causa de accidente ferroviario, en la ciudad de Nueva Jersey. Los padres incoaron un proceso pidiendo 50.000 dólares de indemnización. El juez Gummere falló, que la vida de un niño, numéricamente, no vale más de un dólar para sus padres. Por esa sentencia el juriconsulto se ha hecho popular bajo el nombre de «Gummere, el de a dólar por vida». Después de empeñadas luchas en los Tribunales y de llevar el pleito en apelación al Tribunal más alto del Estado, se casó la sentencia y recibieron los padres del niño muerto 1.000 dólares (1). Esto está más conforme con las primeras costumbres del país cuando, como se ha referido, Dr. Adam Smith nos dice que se calculaba que un hijo reportaba a sus padres «antes de que pudiera dejar la casa paterna 100 libras, después de haber cubierto todos sus gastos» (2).

Ahora bien, así como en los países nuevos sucede que se casan jóvenes y los matrimonios son prolíficos, pues el doctor Franklin registró ocho nacimientos por matrimonio en América y no más que cuatro en Europa (3), así también es cierto que la generación es activa donde hay densidad de población y reina la pobreza. Esto parece indicar la ley na-

(1) Abram Graham vs Compañía de Tracción Consolidada de la ciudad de Jersey. Se presentó la demanda el 10 de abril de 1896. El juez Gummere dictó su fallo el 20 de julio siguiente. Se apeló, y se dió por terminado el pleito el 11 de noviembre de 1901.

(2) *La Riqueza de las Naciones*, libro I, cap. VIII.

(3) *Observaciones relativas al aumento de la Humanidad y a la Población de los Países*. Obras de Franklin, Edición Bigelow, tomo IV, página 225.

tural—que la Naturaleza trata de multiplicar la especie humana donde escasea o donde está amenazada de extinción por las enfermedades y por otros sufrimientos. Parece que la ley está comprobada por el hecho que ya hemos mencionado (Libro II, cap. IV), de haber disminución en el número de nacimientos entre la gente acomodada, y más aun entre los muy ricos, lo bastante para considerarla como de orden natural; aparte de la introducción, también en aumento, de costumbres preventivas.

Adam Smith esclarece el asunto con el ejemplo de Escocia (1). Dice: «La Pobreza, aunque indudablemente acobarda, no impide el matrimonio. Hasta parece que es favorable para la generación. Una montañesa, medio muerta de hambre frecuentemente, da a luz más de veinte hijos, mientras que una regalada y hermosa señora es, a menudo, incapaz de tener un hijo y, generalmente, queda agotada después de tener dos o tres. La esterilidad, tan frecuente entre las mujeres elegantes, es muy rara entre las de clases inferiores. El lujo en el bello sexo, mientras que despierta la afición a los placeres, parece que debilita, y a veces destruye, las facultades genésicas».

Y continuando, Dr. Smith dice: «Pero la Pobreza, aunque no impide la procreación, es en alto grado desfavorable para la crianza de los hijos. La tierna planta se produce, pero en un suelo tan frío, en un clima tan severo, que se marchita pronto y muere. Se me ha dicho que no es rara en Escocia la mujer montañesa que ha dado a luz veinte hijos y tiene vivos nada más que dos..... En algunos sitios, la mitad de los niños mueren antes de los cuatro años, en muchos antes de los siete y en casi todos antes de los nueve o diez. Esta gran mortalidad, no obstante, se encontrará en todas partes, principalmente entre los niños de las clases bajas, que no pueden permitirse cuidarles con el mismo esmero que los cuidan las otras de mejor posición. Si bien los matrimonios pobres son más prolíficos que los de la gente de buen tono, es menor la proporción

(1) *La Riqueza de las Naciones*, libro I, cap. VIII.

de hijos que llegan a edad adulta. En las casas de expósitos y entre los niños educados en establecimientos de beneficencia, la mortalidad es aun mayor que entre los de las clases bajas».

Veamos un hecho que da idea de las condiciones sociales en los Estados Unidos. En la población rural y en los barrios pobres abunda la reproducción; no sucede lo mismo entre las clases acomodadas ni en las ricas. De los hijos de éstas una proporción mucho mayor se libra de muerte prematura. Una de las cosas más conmovedoras de una gran ciudad americana, es el número de toscos y pequeños féretros de madera que se ven en los cementerios públicos esperando que se les dé sepultura. Lo último en que el pobre se muestra tacaño es para el entierro; sin embargo, es tanta y tan extensa la pobreza en las afueras de Nueva York, que, a más del ocho y medio por ciento de la gente que muere en los arrabales, se les entierra en Potter's Field (un cementerio de caridad). En los barrios de Manhattan y el Bronx, los enterramientos en Potter's Field se aproximan al diez por ciento (1).

De este diez por ciento una proporción horrible es de párvulos, cuyas débiles existencias sucumben en la deletérea atmósfera de los barrios pobres. La infancia y la primera adolescencia tienen que librar una batalla en Nueva York para salir adelante, aun en buenas circunstancias (2). No puede

(1) Estas cifras no dan idea de toda la extensión de este aspecto de la miseria, puesto que en ellas no se incluye los cadáveres de judíos, que se llevan al depósito, pero que de allí los sacan las sociedades judías y los entierran en otras partes. Tampoco está incluido el gran número de pobres que irían a Potter's Field si no fuera por el seguro de entierro que hacen algunos empresarios para aprovecharse de la pequeña diferencia que hay entre lo que vale la póliza y el gasto menor que hacen enterrando los cadáveres particularmente. Es bien extraño, pero esos asilados que tienen ese seguro funerario, por mezquina que sea la cantidad, se consideran superiores a los que no la tienen. No dejan pasar el hecho inadvertido. Equivale, entre los pobres públicos, a un emblema de aristocracia.

(2) De un total de 78.060 defunciones en toda la ciudad el año 1904, los párvulos menores de un año fueron de 16.125, y menores de cinco años 25.543.

dudarse que una proporción muy grande de esas muertes prematuras reconocen, directa o indirectamente, como causa la pobreza.

Es un hecho, demasiado comprobado para ser rebatido, que la tuberculosis y otras enfermedades virulentas de los barrios bajos de nuestras ciudades han cedido materialmente, no porque se haya quitado de ellos a los enfermos para trasladarlos a otros sitios o a otros climas, sino sencillamente por haber mejorado las condiciones físicas del ambiente a que la pobreza les tenía sentenciados. Una gran parte de la clientela del hospital, licenciados, de la ciudad de Nueva York, es de ese género, con un notable tanto por ciento de curaciones.

Hay algunos que se llaman optimistas, los cuales cierran los ojos para no ver todo esto y dicen que, si los ricos son más ricos, también los pobres son más ricos. Citan las grandes sumas de las cajas de ahorro—más de 3.000.000.000 de dólares y siete millones de imponentes en 1903,—lo que da más de 400 dólares, como término medio, para cada uno. Pero, así como la investigación hecha por el Bureau del Trabajo de Massachusetts, en 1813, puso de manifiesto que, lo menos, la mitad del total de los depósitos en las Cajas de Ahorros del Estado pertenecía a depositarios que no eran trabajadores, semejante investigación, llevada a cabo en todo el país, revelaría próximamente el mismo resultado. Como demostró la inspección de Massachusetts, la gente rica se vale de las Cajas de Ahorro para eludir los impuestos y el cuidado de colocar sus capitales. Hacen imposiciones por sí mismos hasta el límite de admisión, y después imponen a nombre de individuos de sus familias y también como depositarios (1).

Por otro estilo, el pesimista dice, con recta severidad, que los pobres no son previsores. Es lo mismo que hablar de sobriedad al hambriento. Si los pobres todos, que están luchando por la existencia, tuvieran que hacer economías a costa de

(1) Véase *La libre América*, de Mr. Bolton Hall, pág. 47.

mayores privaciones, lo único que se obtendría es un descenso aun mayor en el nivel de la competencia. El ahorro obtenido con las nuevas economías se deduciría de los salarios de los pobres en la competencia, para obligarles a un jornal menor. La retribución del trabajo sería menor en relación con el beneficio general, debido a la sobriedad general. No hace mucho tiempo que el Gobierno de los Estados Unidos hizo experimentos, con algún éxito, en el Departamento del Missouri para demostrar que los soldados pueden alimentarse bien con un gasto de cinco centavos (veinticinco céntimos de peseta) por comida. En la ciudad de Nueva York, unas cuantas personas caritativas han establecido «Cocinas para el Pueblo», en las cuales se sirven comidas a dos centavos. Bien, ¿y qué? Supongamos a la nación entera en ese pie de economía. La masa general de trabajadores perdería ese beneficio. Reducidos a la alimentación china del arroz como base, los jornales de los trabajadores americanos, por efecto de menor rendimiento de trabajo, bajarían al nivel de los jornales de comedores de arroz. Sólo algunos individuos, siguiendo ese sistema, se elevarían sobre la masa general. Pero no estamos estudiando casos aislados. Estamos estudiando el conjunto.

En el estado social presente de competencia encarnizada por colocación, cuando del gran almacén de la Naturaleza está excluida la masa de trabajadores, practicar la laboriosidad, la sobriedad, la integridad y otras virtudes, es únicamente mantener al pobre esclavizado por la pobreza, ¿y de qué serviría el ensayo? Esta es la cuestión suprema. La falta de contestación a esa pregunta explica que haya jóvenes que vendan su cuerpo en los bailes públicos, en los antros de las luces encarnadas y en otras casas de prostitución de mejor aspecto exterior que, como sitios de leprosos, infestan las vecindades de los pobres. Así se explica que los hombres busquen el olvido de sus penas en la embriaguez; que haya 148 tabernas en un área de 514 por 375 yardas en uno de los sitios más poblados de Nueva York.

Hay que admirarse, no de que haya tanto pecado, tanta embriaguez y tanta vergüenza en semejantes circunstancias, sino de que haya *tan poco*. Pues virtud e inocencia, honradez y valor jovial no faltan en grado sorprendente. Hay, fuera de duda, cualidades heroicas en forma y en extensión. Mas no puede deducirse de su existencia que tales penalidades sean buenas para el desarrollo del ser humano. Lo único que prueban es la fuerza de resistencia que hay en las muchedumbres.

«En un distrito judicial de esta ciudad, dice un periódico de Nueva York, ha habido en los tres últimos meses más juicios de desahucio que en toda Irlanda en el mismo período». Según la estadística oficial, cada año hay en la ciudad más de veinte mil desahucios (1). Este solo hecho dice mucho más que mil discursos vanidosos, como los que acerca del progreso de la Nación se pronuncian el cuatro de julio (2).

Nadie negará que la caridad pública y privada ha aumentado enormemente sus gastos en los últimos veinte años. Sin embargo, se encuentran pobres en la calle por todas partes.

(1) Una clase muy curiosa de desahucios tuvo origen en la determinación de un tal Elías Russ, dueño de la casa de vecindad, núm. 6, de Goerck Street, que exigía cincuenta centavos mensuales, como aumento de renta, por cada niño desde principio de marzo de 1905. El edificio estaba ocupado por 30 familias, que se alababan de reunir 150 hijos. Los inquilinos rehusaron pagar el aumento. Se entabló el juicio. Mrs. Frederic Friedman, una de las inquilinas, a gritos decía: «¿Qué es lo que usted haría? ¿Voy a echar a la calle a Isaac, mi primogénito; dar una puñalada a Rachael, estrangular a Moisés, pegar un tiro a Rebeca, ahogar a Mira, envenenar a Natham, tirar a Lizzie desde el tejado o estrujar a los dos gemelos de pecho hasta darles muerte con mis brazos? ¡Oh! ¡Qué monstruo de hombre!» Los inquilinos, con muchos de sus hijos, comparecieron en corporación ante el juez Worcester, del Décimotercio distrito municipal, para protestar. Mistress Fannie Frank tomó la palabra entre otros, y dijo: «El propietario está en contra de la Sagrada Escritura, que manda a la Humanidad que se multiplique». El Juez dió a los inquilinos un plazo para resolver hasta el lunes siguiente, transcurrido el cual habían de pagar la renta o mudarse de habitación.

(2) Aniversario de la Independencia.—*N. del T.*

Thomas Jefferson dice que los mendigos que, por casualidad, pudieran verse en las ciudades en su tiempo eran, generalmente, extranjeros recién llegados que aun no habían encontrado ocupación. La subsistencia, decía, se ganaba fácilmente entonces en este país (1). Charles Dickens, cuando vino a América más de medio siglo después, dijo: «Un mendigo en Boston sería como una mosca negra».

No obstante, las circulares del Ejército de Salvación hablan de suministrar 3.000.000 de camas al año a los pobres de los Estados Unidos.

La institución del millonario de California, Mr. D. O. Mills, de casas de alquiler a veinticinco centavos por noche, que lleva su nombre, fue saludada como un don del cielo por los pobres. Pero han resultado caras para los que no pueden permitirse pagar más de diez o quince centavos para alojarse una noche. Esos hoteles Mills se ven concurridos por más gente que los pobres. Un amigo mío, que vivió algún tiempo en uno de ellos para estudiar a sus moradores, me dijo que lo que más le sorprendió fue el número de sombreros de copa que salían de ellos por la mañana. Esos sombreros los llevan hombres de negocios que se esfuerzan para llevar la frente alta durante el día y por la noche tienen que reducirse a los mayores extremos en cuanto a economía.

Por espacio de veintisiete años, todas las noches ha habido una fila en frente de la Panadería Vienesa de Fleischman en Broadway y Calle Décima, en Nueva York. Cada uno de la fila recibía medio pan y una taza de café bien caliente. Esa fila no ha disminuído con los años; si alguna alteración tuvo fue para aumentar. Otras filas de pan y café gratis se han establecido, y uno de los periódicos diarios más populares dió de cenar a millares en las noches del último invierno.

La forma más alarmante de esta especie de caridad es la alimentación de los niños de las escuelas. Durante años se

(1) *Notas sobre el Estado de Virginia*. Obras de Jefferson, Edición Ford, tomo III, pág. 239.

viene observando y comentando por los maestros de escuela en los distritos pobres de Nueva York, que un gran tanto por ciento de los niños escolares estaban mal alimentados—algunos débiles y enfermos por hambre. Mr. Robert Hunter, cuyo trabajo en el Establecimiento de la Universidad y en otras organizaciones para ayudar a los pobres le dió medios para comprobar hechos, sorprendió al público con el anuncio de que 70.000 niños, en los arrabales de Nueva York, llegaban a las escuelas «con alimentación escasa y escualidos». El inspector H. M. Lechstrecker, de la Junta de Caridad del Estado, como resultado de una investigación, informó que, de 10.707 niños de escuela, solamente 1.855, o sea menos de la quinta parte, empezaban el trabajo diario con desayuno suficiente. Más de 1.000 no recibían como tal más que pan solo o café solo, y cerca de 500 llegaban a la escuela sin ningún desayuno. El Ejército de Salvación, en seguida, abrió puestos de alimentación para niños de escuela, y en la actualidad cada mañana presta ese servicio a cerca de mil. Es seguro que, en cuanto los pobres se acostumbren a esta nueva fase de degradación en la libre América, el número de los niños de escuela que diariamente dependerán de la caridad para comer una o dos veces no será un solo millar, sino muchos millares.

Y entonces nos encontraremos con la pregunta suscitada ya en Londres: Si el sistema de escuelas públicas no implica la alimentación de los niños (1).

Sir John E. Gorst, discurrendo sobre lo experimentado en Londres, recita (*North American Review*, julio 1905) lo que es de importancia capital: «Una gran proporción de los niños poco inteligentes, desechados de las escuelas de Lon-

(1) En una Conferencia sobre el Trabajo Nacional, en Guildhall, Londres, en 20 de enero de 1905, el Lord Mayor (Alderman John Pound), al dar la bienvenida a los delegados, y Sir John E. Gorst, M. P. (miembro del Parlamento en la Presidencia) se resolvió, por aclamación, que la alimentación por cuenta del Estado de los niños era el corolario inevitable de la instrucción obligatoria.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

dres por incapaces de recibir enseñanza, actualmente están recobrando sus facultades mentales bajo la influencia de una alimentación abundante».

La última Navidad el Hon. Timothy D. Sullivan, miembro del Congreso por el Octavo Distrito de Nueva York y del Comité Ejecutivo de Tammany Hall, y dueño de un establecimiento de bebidas de Bowery, repartió cestas de provisiones y billetes enrollados de los verdes (1) entre cinco mil de sus vasallos políticos y dependientes.

¿Es que esto indica política libre e independiente? ¿O revela la corrupción peor en los distritos más degradados?

Corre parejas con esto la extensión del hábito de las propinas, que hace unas generaciones los americanos, sobre todo en el Oeste, hubieran rehusado con indignación. Ahora la propina se acepta humildemente y, con frecuencia, causa enfado el no recibirla. De Tocqueville escribió: «Nunca vi en los Estados Unidos un hombre que me hiciera acordar de esa clase de servidores confidenciales de los que aun queda algo en Europa, jamás me encontré con nada semejante a un lacayo: todos los vestigios de uno y de otro han desaparecido» (2). «Pues, decía el perspicaz francés, en cualquier momento un criado puede ser amo y aspira a elevarse a esa condición. El criado, por consiguiente, no es un hombre diferente del amo. ¿Por qué, pues, ha de tener uno el derecho de mandar, y qué es lo que obliga al otro a obedecer? El consentimiento libre y temporal de ambas voluntades. Ninguno de ellos es por naturaleza inferior al otro. Sólo temporalmente y por mutuo consentimiento llegan a serlo. Dentro de los términos del contrato el uno es criado, el otro amo. Fuera de ellos, los dos son ciudadanos de la república: dos hombres».

No corresponde esta descripción a nuestra sociedad actual. Mientras que nuestro ambiente social modela a algunos

(1) Llámense verdes los billetes de banco de esa emisión, a causa del color verde de uno de los dibujos más visibles.—*N. del T.*

(2) *La Democracia en América*, tomo II, pág. 220.

en la obsequiosidad y servilismo propios del lacayo, lanza a otros al suicidio, a la demencia o al crimen.

Las averiguaciones del profesor Frederick L. Hoffman con motivo del informe para una de las principales Compañías de seguros, han encontrado que el número de suicidios es grande y aumenta progresivamente. En cincuenta de las principales ciudades de los Estados Unidos, la proporción de suicidios en los once años desde 1893 a 1903, inclusive, fue 16,30 por cada 100.000 habitantes; en 1903 fue de 18,31 (1). Mr. George P. Upton, de Chicago, reconocido como autoridad en la materia durante años, el año pasado publicó un cuadro exponiendo 77.617 casos de suicidios, referidos en los periódicos del país (2). La Pobreza, con todo su séquito, es suficiente causa.

También es causa suficiente para el aumento de demencia. La estadística de los locos, fuera de los asilos públicos y privados, es escasa y no merece gran confianza, puesto que hay una tendencia a ocultar la locura siempre que se puede. Sin embargo, en los asilos hay aumento, y éste es mayor entre los temperamentos excitables, que son más propensos a extraviarse en la encarnizada lucha por la existencia (3).

(1) En Nueva York (Barrios de Manhattan y el Bronx) la proporción en el período de 1892 a 1902, inclusive, fue 21,6 por 100.000; en Hoboken, nada más que cruzando el Río Hudson, 27,14; en Chicago, 23,64; en San Luis, 25,87.

(2) «Los hechos en cuanto al Suicidio», *The Independent*, Nueva York, abril, 7, 1904. Entre otras cosas, Mr. Upton dice: «Entre las edades de diez y veinticinco años son más los suicidios de mujeres que de hombres. Uno de los rasgos más tristes del caso es que el número de suicidios de mujeres va creciendo más rápidamente que el de hombres. Hace medio siglo se suicidaban cinco veces más hombres que mujeres. Hace un cuarto de siglo la proporción era de tres a uno. En los tres años últimos ha sido de dos y medio por uno, próximamente. Otra circunstancia triste es el aumento de suicidios de niños. Estos suicidios casi siempre son sin causa seria y algunas veces sin causa alguna».

(3) Datos oficiales de Washington (Distrito de Columbia) dan 217 casos para el año que concluyó en 20 de junio de 1899; 247, en 1900; 283, en 1901; 336, en 1902; 290, en 1903, y 373 en 1904, con indicaciones de que

Al Dr. V. H. Postdata, del Asilo de Dementes de Dunning, se le atribuye haber dicho que, en su opinión, un habitante por cada 150 está demente en Chicago. Dr. H. N., eminente alienista de esta ciudad, es más moderado; cree que en Chicago la proporción es uno por 400; en Nueva York, uno por 340; en Boston y Nueva Inglaterra, uno por 320. Y observa: «No hay duda en cuanto a la causa del aumento de demencia: la alimentación pobre, las viviendas pobres sin sol y mal ventiladas, el vestido insuficiente y la obsesión del pago de la renta acaban por extraviar la razón».

Lo que dará este resultado en los más sensibles, en los menos inteligentes producirá embrutecimiento. Contéplese si no el desarrollo de la ferocidad humana en su largo catálogo de manifestaciones hasta llegar al mal trato de obra a las mujeres y al brutal atropello del sexo débil por hombres, en busca de la salvación propia, en accidentes de ferrocarriles, naufragios y otros.

Jefferson decía «que en el espacio de diez años no había sabido de un salteador de caminos en ninguno de los Estados, excepto Nueva York y Filadelfia, inmediatamente después de la evacuación del ejército británico, cuando algunos desertores de él infestaron aquellas ciudades por algún tiempo» (1). ¡Qué extraño parece esto ahora cuando vagabundos se ven por todo el país, aun en los Estados más modernos, y cuando nuestras ciudades están infestadas de ladrones; cuando no hay clase de crimen de los que la pobreza conoce que no esté previsto y castigado en nuestro código, y cuan-

en 1905 la cifra será, aproximadamente, igual que la del año anterior. Estas cifras comprenden sólo los enfermos enviados al Manicomio del Gobierno por las autoridades municipales, pero no los enviados por el Gobierno de los Estados Unidos desde los hospitales militares y otros. Tampoco estas cifras incluyen los casos en que se curan antes de dar parte formal de ellos. Parece probable que, si los casos de demencia temporal estuvieran incluidos, las cifras anteriores aumentarían en un diez por ciento.

(1) Carta a M. Clavière, París, julio 6, 1787. Escritos de Jefferson, Edición Ford, tomo IV, pág. 402.

do se han creado tribunales especiales para los niños delincuentes!

No hay clase de robo, desde la ratería clandestina hasta el allanamiento de morada, voladura de bancos y asalto de trenes, que no esté consignado en los registros de nuestros Tribunales. Los salteadores de trenes son ya acosados y cazados como fieras salvajes.

Algunas Compañías de las de los trenes expresos que convergen en Chicago anunciaron, a consecuencia de un par de atracos, que la muerte de un ladrón de trenes vale 1.000 dólares y que se le darían al que le matara de un tiro. Uno de los empleados del ferrocarril de Burlington ha dicho, según se cuenta: «Todos los maquinistas y empleados en nuestros trenes llevan revólveres, y les estamos animando a que los lleven y aprendan a tirar bien. Yo estoy porque los directores de las Compañías de ferrocarriles y las Compañías de los trenes expresos se pongan de acuerdo a fin de perseguir a los ladrones de trenes hasta no dejarles vivir sobre la Tierra».

La actividad de los ladrones es notable. Chicos y chicas de corta edad toman parte en los atracos. Es de admirar la serena premeditación que caracteriza algunos de los robos. Edwin Tales, de veinticinco años de edad, un atleta y voluntario que fue de la cuarta de New Jersey durante la guerra con España, fue detenido en Chicago por atracar a un hombre. Al declarar confesó: «Desde las once de la mañana hasta la una de la tarde viajo en los trenes altos. Cuando veo un hombre que parece fácil de robar me bajo del tren, delante de él, y me pongo en acecho».

Bandas de malhechores prosperan en algunas localidades determinadas hasta que sus operaciones, demasiado escandalosas, promueven un clamor público que las hace perseguir y disolver por la policía. En este asunto, es por demás claro, para que nadie lo ignore o lo niegue, que la organización policíaca en las grandes ciudades es, en gran parte, *particeps criminis*. Muchos jefes de policía, superintendentes, inspecto-

res y capitanes, no sólo en Nueva York, también en las más de nuestras grandes urbes, han pedido regularmente, con pequeñas interrupciones y regularmente percibido, fuertes sumas por hacer la vista gorda con el crimen y con el vicio (1).

Es verdad que la infracción de las leyes suntuarias puritanas, que constituye delito, es causa de muchos arrestos. No es que no deban ser obedecidas, puesto que forman parte de nuestra legislación, y los agentes de la autoridad municipal no tengan que considerar como deber suyo vigilar y exigir su cumplimiento. Pero formalmente se quejan, y hay motivo para creer que con razón, de que, mientras en la ciudad de Filadelfia hubo en el año 1903 el enorme número de 75.699 arrestos, un gran número de casos graves de vicios y crímenes pasaron desapercibidos para la policía por efecto del soborno.

(1) Lo que fomenta ese mal es el sistema, tan en boga en este país en los años últimos, de servirse de criminales para coger criminales. Así se establece una relación de puerta falsa entre la policía y lo que pudiera llamarse «criminales instituidos». Como ejemplo de esa relación se cita que cierto Juez se quejó a la Jefatura de policía de Nueva York de que le habían robado del bolsillo el reloj, cuyo número dió, al pasar por el puente de Brooklyn. Se encargó del caso a un agente. Unas cuantas horas después se puso en conocimiento del Juez que, sin duda, se había equivocado y perdido el reloj en alguna otra parte; que el departamento tenía medios de examinar todos los relojes robados en el puente en las cuarenta y ocho horas últimas, y que ningún reloj, entre ellos, tenía el número que él había dado.

Es, además, un hecho incontrovertible que el soborno se emplea por el Departamento de Policía y por la Oficina del Fiscal del Distrito, en la ciudad de Nueva York, para adquirir pruebas contra la infracción de las ordenanzas en cuanto a la expendición de bebidas alcohólicas y contra las casas de lenocinio. En la Oficina del Ordenador de Pagos en Nueva York se pueden ver las facturas, aprobadas y pagadas, de «agentes de paisano» y polizontes particulares, de trajes, billetes de teatros, cenas, coches, vinos y mujeres. El ordenador Edward M. Grout, al empezar sus funciones, protestó vigorosa y públicamente, con gran indignación, contra este empleo del caudal público; pero la fiscalía del Distrito y el Departamento de Policía dijeron que era necesario hacerlo: la discusión sobre el asunto cesó pronto, pero no la práctica del sistema, que ha continuado en vigor.

La proporción de arrestos en Filadelfia fue en 1903 de uno por cada diecisiete habitantes.

Esta proporción, en Nueva York y en Chicago, sólo es mayor por ser más grave la delincuencia. Los casos de cuatro jóvenes en la última de esas ciudades, es un ejemplo de la naturaleza de los delitos. Gustav Marx, de veintiún años; Peter Niedermeyer, de treinta y dos; Harvery Van Dine, de veintiuno, y Emil Roeski, de diecinueve, cometieron, asociados, ocho asesinatos y lo menos un centenar de robos. Lo más notable, en relación con estos jóvenes, fue que eran americanos de nacimiento y pertenecían a familias que podían considerarse como de la clase media. No hicieron más que imitar a los lanzados al crimen por la pobreza o por el temor a la pobreza.

Y si siguen las cosas por el mismo camino, pronto tendremos aquí lo que tanto escándalo ha producido en Inglaterra—asesinatos de niños para cobrar el seguro hecho sobre sus vidas. No solamente se han descubierto estas atrocidades poco ha, sino casos en que las personas habían sido aseguradas, sin su conocimiento, por unos centenares de dólares y luego morían misteriosamente. Una serie de semejantes crímenes, a sangre fría, ocurrió recientemente en Bayonne, New Jersey, uno de los suburbios comerciales e industriales de la ciudad de Nueva York.

Mr. S. S. McClure puso en cuidado a los cavilosos del país citando en *McClure's Magazine*, de diciembre, 1904, un resumen estadístico de los asesinatos y homicidios en toda la nación, hecho por la *Chicago Tribune*, y comprendiendo un período de doce años, que terminaba en 1902. Las cifras parece que demostraban que en 1904 había habido en los Estados Unidos cuatro veces y media más asesinatos y homicidios que en 1881 por cada millón de habitantes.

«Oh, bien; pero, se contesta, la explicación está en que últimamente ha habido un poco más de publicación sistemática de asesinatos y homicidios». Pero, ¿por qué los periódicos dedican ahora más atención a esas cosas que hace una

docena de años? ¿Y cómo explican el aumento de muertes violentas que constan en los registros de los Tribunales?

Un magistrado de experiencia, John W. Goff, de Nueva York, encargado del Registro, me dijo hace mucho tiempo que, en su opinión, la marcha de la criminalidad en este país no sólo tiende a mayor gravedad y número de crímenes, sino que está cambiando la antigua característica de impulsión acalorada, franca y directa, por otra de cálculo frío, premeditación y secreto, para evitar el descubrimiento. Esta diferencia y aquel progreso lo atribuye mediata e inmediatamente a la pobreza, cada vez más extendida y más extremada.

No pocos están propicios a imputar todos nuestros males a la inmigración—a los extranjeros. Pero esto implicaría que los atentados contra la vida del prójimo fueran más frecuentes en los países extranjeros que aquí, lo cual no es así (1).

Lo que John Stuart Mill escribió hace años, tiene aplicación para nosotros ahora:

«Si la Humanidad tomada en conjunto ha de estar siempre como ahora, esclava de un trabajo que no la interesa y por el cual, consiguientemente, no se toma interés—afanándose desde la mañana temprano hasta ya tarde de noche para cubrir necesidades ineludibles, y con todo el vacío moral e intelectual que tal situación lleva en sí,—sin recursos en la mente ni en el corazón; sin instrucción, porque es imposible atenderla cuando la alimentación no está atendida; egoísta, puesto que todos los pensamientos del individuo tienen que ser para sí mismo; sin sentimientos ni intereses como ciudadanos o miembros de la sociedad, y con un sentimiento de injusticia corroyendo la mente, tanto por lo que se echa de

(1) Mr. McClure dice que, partiendo del censo de 1900 como base, sólo en un país de los que nos mandan emigrantes—Rusia, que aquel año nos envió nada más que 1/23 de la emigración total de aquel año—tuvo una proporción de homicidios y asesinatos mayor que los Estados Unidos. Y aun en Rusia la proporción nos aventajó en poco. El resto, o sea 22/23 de inmigrantes, nos vino de países que ninguno de ellos tuvo la mitad que tuvimos nosotros por millón de habitantes. *McClure's Magazine*. Diciembre, 1904.

menos como por lo que se ve de sobra en otros, no sé para qué las personas de capacidad han de preocuparse de los destinos de la especie humana» (1).

¿No se comprende, después de todo esto, que el Presidente de los Estados Unidos tenga algo así como una guardia de Corps? Tras el miedo hay algo de más realidad que un fantasma. Hace cuatro años un Presidente murió a manos de un joven que le llamó déspota. El asesino, León F. Crogosz, tenía veintiocho años, ciudadano por nacimiento, era de la ciudad de Detroit en Occidente. Había asistido a las escuelas públicas en Alpina, Michigán, y no carecía de instrucción general. Había trabajado en varias ciudades del país. Su padre era honrado y trabajador; su madre una mujer leal, y tenía un hermano que fue soldado en la guerra con España. A pesar de todo esto, había visto trusts y monopolios y otras combinaciones que encumbran a unos al poderío mientras que las masas de la población se ven reducidas a luchar entre sí, en dura competencia, para ganarse la vida. El llegó a ser lo que llaman los socialistas «consciente de la clase». Confusamente se dió cuenta de que las clases trabajadoras perciben tan poco de los frutos de la producción, porque otra clase las «explo-ta». Se hizo tan «consciente de la clase» que se jugó la vida por dar un golpe mortal al Jefe del Poder Ejecutivo de esta Nación. Este Jefe del Poder Ejecutivo no era, a juicio suyo, el servidor de todo el pueblo, sino hechura de algunos.

Yo no comprendo que este caso dé la razón a los discípulos de Lombroso, que dicen que un «tipo» criminal se ha establecido en este país, el cual se está reproduciendo y multiplicando por el solo efecto de la generación. En mi opinión, más bien realza el parecer brillantemente expuesto ante la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, por el Dr. Edward A. Spitzka, de Nueva York (2), de que ahora hay en los Estados Unidos nuevas condiciones sociales que en-

(1) *Principios de Economía Política*, libro II, cap. XIII.

(2) Meeting en Filadelfia. Diciembre 28, 1904.

gendran la mayor parte de los crímenes. Pues hay en América hordas de hombres, mujeres y niños que, por su condición desgraciada, encajan en la hermosa descripción del paria hecha en unos versos de *La Hermosa Leyenda*, de Longfellow.

El hombre tiene triple naturaleza: mental, física y moral. Si el hombre físico muere de hambre, también mueren su mentalidad y su moralidad.

Cuando el trabajo escasea, como está sucediendo por efecto de la existencia del privilegio, una parte de la población tiene que padecer pobreza; por lo tanto, tiene que decaer física, moral e intelectualmente. Un populacho ignorante, irreflexivo, vicioso y voluble vendrá a ocupar el puesto de una población de ciudadanos americanos inteligentes, rectos, dignos y patriotas. «Las turbas, en las grandes ciudades, observaba Jefferson, son al buen gobierno como los dolores a la salud del cuerpo humano». Conforme el Privilegio va extendiendo su dominio, las causas de la decadencia se van extendiendo también hasta que la sociedad entera, directa o indirectamente, quede contaminada.

LIBRO IV

RESISTENCIA AL PRIVILEGIO

CAPÍTULO PRIMERO

ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES

Cuando los hombres se encuentran sometidos a un peligro común, se unen para defenderse. Así, cuando el monopolio de las fuentes naturales de riqueza en los Estados Unidos, quitó a los trabajadores en las primeras instalaciones el libre acceso a los terrenos y los obligó a competir en busca de trabajo con los trabajadores de las ciudades, empezaron a aparecer organizaciones obreras de combate.

El verdadero comienzo de ellas no tuvo lugar hasta pasado el primer cuarto del siglo XIX. Antes las organizaciones obreras eran casi exclusivamente benéficas. Después empezaron a ser militantes. Hasta 1833 conservaron todavía una idea más o menos clara de la ley de los salarios. *The Central Union Trade*, de Nueva York, compuesta de delegados de varias asociaciones obreras, formuló peticiones políticas; pero nada dijo sobre cuestiones afines, tales como la duración de la jornada y la inmigración. Atacaron valientemente la cuestión primordial del monopolio de los agentes naturales.

Cuando se trabaja en terreno libre—en terreno que no tiene precio, que no paga renta—todo el producto del trabajo puede ser percibido por éste, excepto la parte pertenecien-